



**LA
VENGANZA
DE LOS
SIERVOS
RUSIA
1917**

**JULIÁN
CASANOVA**



CRÍTICA

JULIÁN CASANOVA

LA VENGANZA
DE LOS SIERVOS

Rusia 1917

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2017
Primera edición en esta nueva presentación: junio de 2018

La venganza de los siervos
Julián Casanova

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Julián Casanova, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-011-6
Depósito legal: B. 11164 - 2018
2018. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

Mapas	3
Agradecimientos	11
Introducción: un caleidoscopio de revoluciones	13
1. Una autocracia anquilosada	19
<i>Las dos Rusias</i>	20
<i>La semilla de la revolución</i>	28
<i>El último zar</i>	37
2. La guerra de la que surgieron todas las calamidades	47
<i>La quiebra del ejército imperial</i>	49
<i>Crisis de autoridad</i>	56
<i>Muerte, hambre y desorden</i>	64
3. 1917: un volcán en erupción	75
<i>Sin el yugo del zar</i>	79
<i>La inversión del viejo orden</i>	85
<i>El control político de la revolución</i>	96
4. La segunda revolución de 1917	107
«¡ <i>Todo el poder para los Sóviets!</i> !»	109
<i>Todo el poder para los bolcheviques</i>	115
<i>La consolidación del poder</i>	126
Epílogo: De la revolución a la dictadura	137

Conclusión: Cien años después.	157
Cronología	177
Comentario bibliográfico	187
Índice onomástico.	197
Índice analítico	201

Una autocracia anquilosada

Yo concibo a Rusia como un latifundio en el que el propietario es el Zar, el administrador la nobleza, y los trabajadores son los campesinos.

NICOLÁS II, 1902

Una revolución había comenzado en el corazón de su gran imperio, pero Nicolás II (r. 1894-1917) no se había enterado. Estaba en su cuartel general, en Maguilov (hoy, Bielorrusia), a más de 700 km de la capital, Petrogrado, desde donde mal dirigía una guerra desastrosa para Rusia, que había estallado en agosto de 1914 en medio del fervor patriótico y que había derivado muy pronto en una carnicería, con quince millones de hombres movilizados, de los que, a finales de 1916, casi la mitad habían resultado muertos, heridos de gravedad o prisioneros de guerra.

En las primeras semanas de 1917, una multitud de mujeres pobres, muchas de ellas esposas de los soldados que estaban en las trincheras, hacía, día tras día, largas colas en las calles heladas de Petrogrado para comprar pan y productos de primera necesidad. El 23 de febrero (8 de marzo en el calendario occidental),¹ Día

1. Una observación necesaria sobre las fechas: hasta el 31 de enero de 1918, Rusia siguió el calendario Juliano, que transcurría con un retraso

Internacional de la Mujer Trabajadora, miles de ellas, acompañadas de mucha gente de los barrios industriales y obreros de las fábricas, se dirigieron a Nevski Prospekt, el ancho y lujoso bulevar de palacios, casas de ricos y comercios que cruzaba el corazón de la capital, para protestar contra la carestía y el racionamiento del pan. Durante los dos días siguientes, miles de trabajadores tomaron las calles y hubo enfrentamientos con la policía y los escuadrones de cosacos montados a caballo.

El 24 de febrero, el zar escribía a la zarina, Alejandra Fiódorovna, su «Sunny» o «Ray of Sunshine», como la llamaba en la correspondencia mutua que se conserva de aquel período, de cientos de cartas, escritas en inglés, idioma que utilizaban para comunicarse: «Mi cerebro descansa aquí —ni ministros, ni temas fastidiosos reclaman mis pensamientos». El 26, con decenas de muertos en las calles y soldados ya amotinados, apuntó en su diario que había ido a misa, desayunado con mucha gente, escrito la carta de rigor a la emperatriz, tomado el té y jugado al dominó por la tarde. El tiempo, decía, era bueno, aunque helador.

Tan solo unos días después, el 2 de marzo, tuvo que abdicar. Así acabó el dominio de la dinastía de los Románov, que había comenzado trescientos años antes con la coronación de Miguel I (r. 1613-1645). De golpe, todo el edificio del Estado ruso se desmoronó.

Las dos Rusias

El sistema del dominio zarista llevaba ya un tiempo en declive. La derrota en la guerra de Crimea (1853-1856), en su propio

de trece días respecto al Gregoriano que se usaba en la mayoría de los países de Europa desde finales del siglo xvi. El 14 de febrero de 1918, el Gobierno bolchevique decretó que el 1 de febrero de ese año sería el 14 de febrero, adaptando el calendario Gregoriano. Las fechas referidas a las revoluciones de 1917, y al período anterior, que se usan en este libro son del calendario Juliano entonces vigente.

suelo, ante británicos y franceses, sus grandes rivales imperiales en Occidente, había puesto al descubierto su atraso militar, económico, social y administrativo.

Tras esa humillación bélica, a la que siguió la político-diplomática del Tratado de París, que desarmó a Rusia en el Mar Negro, el abuelo de Nicolás, el zar Alejandro II (r. 1855-1881), emprendió una serie de reformas diseñadas para modernizar —occidentalizar— la economía, introducir autonomía en la administración local y provincial y crear un servicio militar obligatorio para todos los sectores de la población. Además de sustituir al señorial y al de vasallaje que tan ineficaz había resultado, ese nuevo reclutamiento militar debería servir también para disciplinar e instruir a millones de jóvenes varones, que en Rusia significaba campesinos, en los valores patrióticos, militares y en la obediencia al orden y a la autoridad. Eso mismo es lo que estaban haciendo, por esas fechas, las mayores potencias europeas.

La reforma de más largo alcance fue la abolición de la servidumbre en 1861, la institución que simbolizaba por excelencia ese atraso. Los casi veintitrés millones de siervos, sometidos y poseídos por la nobleza, fueron emancipados, aunque no liberados. Siguieron vinculados a la comuna local, inferiores legalmente a la nobleza, tendrían que pagar por el lote de tierra que iban a recibir, mientras que el Gobierno proporcionaría compensaciones para la nobleza, y aunque se suponía que esos campesinos iban a adquirir derechos que hasta entonces no tenían, en realidad el Estado los abandonó al libre albedrío de terratenientes y burócratas. Porque todas esas buenas intenciones de las reformas se llevaron a cabo, en palabras de Harold Shukman, «para reforzar al Estado, no a la sociedad».

Desde ese momento, y durante las décadas finales del siglo XIX y los primeros años del XX, el gran imperio ruso experimentó fuertes tensiones entre la reforma y la reacción, la tradición y la modernidad, que salieron con fuerza a la luz en momentos decisivos, puntos de inflexión en la conciencia social —como durante la hambruna de 1891, la revolución frustrada de 1905 y

la Primera Guerra Mundial—, traumas acumulados hasta el estallido de febrero de 1917.

Eran las dos Rusias, a las que se había referido Aleksandr Herzen (1812-1870), la oficial y la campesina, la de los terratenientes, jerarquía eclesiástica y burocracia imperial, frente a la gran masa de población, analfabeta y empobrecida. En las décadas siguientes a la muerte de Herzen, precursor de la idea de una vía autóctona al socialismo diferente a la de Europa occidental, una Rusia más pequeña, de burgueses, abogados, médicos, profesores y trabajadores cualificados de las industrias, se estaba abriendo camino, penetrando por las grietas que la erosión de la vieja estructura social permitía.

La nobleza, que parecía a los ojos de muchos una clase en declive, ejercía todavía un notable poder económico y político en Europa a finales del siglo XIX. Eso era muy cierto en los grandes imperios del centro y este del continente, donde los nobles ocupaban puestos importantísimos en el ejército y en la burocracia del Estado, pero también en Inglaterra, la tierra de la primera revolución industrial, de fabricantes, banqueros e inversores, que vio cómo la «vieja» nobleza explotaba las nuevas oportunidades económicas que les proporcionaba el avance del capitalismo. Entre 1886 y 1914, casi la mitad de los miembros del consejo de ministros eran aristócratas.

Desde que subió al poder en 1888, hasta su derrocamiento en 1918, el emperador alemán Guillermo II creó varios centenares de nuevos nobles. En Rusia, la burocracia imperial era una casta de elite que se encontraba muy por encima del resto de la sociedad y el sistema zarista, como ha mostrado Orlando Figes, «estaba basado en una estricta jerarquía social». Esa elite dominante en Rusia procedía sobre todo de la vieja y rica aristocracia terrateniente, los Strógonov, Dogorukov, Sheremétev, poderosas dinastías que se habían mantenido en la cúspide del Estado ruso desde su gran expansión territorial en el siglo XV.

Rusia era una sociedad campesina en tiempos de Alejandro II y continuaba siéndolo bajo el reinado de su nieto Nicolás. Los campesinos veían al Estado como una estructura de poder ma-

lévola y ajena que solo les cobraba impuestos y reclutaba a los más jóvenes para la guerra, sin ofrecerles nada a cambio. La comuna, la comunidad de las aldeas, era el centro de su mundo y los campesinos permanecían aislados del resto de la sociedad, no integrados en la estructura política, cultural y legal del sistema zarista, y distantes tanto del orden social conservador como de la oposición radical. Su única lealtad era hacia el distante zar, a quien veían, con una devoción que apenas había cambiado durante el siglo XIX, como un ser superior, más allá del mal que encarnaban los terratenientes opresores y los recaudadores de impuestos. Las decisiones principales en la comuna campesina las tomaban los patriarcas, el sector más acomodado y rico al que seguía el resto de sus habitantes.

Era una sociedad tradicional, que resistía la penetración del capitalismo, de los usureros y prestamistas, con un peso importante de la cultura oral, altas tasas de analfabetismo y dominio del orden patriarcal. Los campesinos rusos, frente a algunos tópicos muy extendidos, poseían una considerable proporción de tierra, gestionada directamente o por medio de la comuna, y vivían en pueblos relativamente autónomos, mientras las clases terratenientes no controlaban directamente la producción, ni la administración o los mecanismos de coerción.

El régimen zarista marginaba al campesinado, sus burócratas diseminados por decenas de capitales de provincia no sabían nada de él, pero a la vez le temía. Comparado con el de otras sociedades rurales de Europa en ese momento, era además un campesinado revolucionario, que reclamaba las tierras de los terratenientes que no habían pasado a sus manos tras el Edicto de Emancipación de los siervos de 1861, un 22% aproximadamente de toda la tierra, casi siempre la de mejor calidad, y que consideraba a la propiedad comunal, y no privada, la base fundamental de su modo de vida. El campesino vivía en general una vida de pobreza y privaciones, que se manifestaba, por ejemplo, en la tasa más alta de mortalidad infantil de todos los imperios europeos.

Lejos de ser una arcadía feliz, como la habían descrito las visiones románticas de la primera mitad del siglo XIX, esas co-

munas, que contaban con claras diferencias entre campesinos pobres (*bedniaki*) y ricos (*kulaks*), se regían por normas estrictas, dominadas por los hombres más influyentes y donde las mujeres eran meros objetos que podían ser golpeados y humillados por sus maridos. Había crueles castigos públicos para mujeres adúlteras, ladrones de caballos o transgresores de las normas.

La violencia, como han demostrado diversas investigaciones, formaba parte de la cultura del campesinado ruso. Aislados de la sociedad oficial, sin muchos derechos como ciudadanos, esos campesinos no iban a respetar muchas leyes en el momento que la coerción que el Estado ejercía sobre ellos desapareció con el vendaval revolucionario que se llevó al zar Nicolás II en febrero de 1917. Pero con el final del despotismo, los campesinos no solo promovieron la «anarquía» y la destrucción, como cree, por ejemplo, Richard Pipes, incapaces según ese argumento de desarrollar un papel positivo. Los ideales de la revolución campesina, su cultura de enfrentamiento al mundo que les rodeaba, orientaron también el nuevo orden que comenzaron a construir en 1917-1918, en el momento de la quiebra de la autoridad y del Estado.

Durante las tres décadas anteriores a la revolución, muchos campesinos emigraron a las ciudades en busca de mejorar su posición social fuera de la agricultura. Los empleos de la ciudad poseían muchos más atractivos que el trabajo en el campo, especialmente para los jóvenes que aprendían a leer y escribir y podían captar, a través de la propaganda que llegaba desde las ciudades en periódicos y panfletos, el contraste entre la vida social urbana y la rural. La ciudad ofrecía además independencia y eso es lo que buscaron también las mujeres más jóvenes que abandonaron el campo y la presión del orden jerárquico patriarcal para trabajar como sirvientas en las casas de las familias urbanas más acomodadas.

La emigración del campo a la ciudad fue posible porque, desde esos años finales del siglo XIX, Rusia experimentó un notable crecimiento industrial, con promedios del 7-8% anual en

la década de los noventa, impulsado por el Estado y dependiente del capital extranjero, que se notó especialmente en los sectores textil, metalúrgico, minero y en la explotación de los recursos naturales. El petróleo, la madera, el carbón, el hierro y el oro se extraían de forma intensiva y crearon un grupo, reducido pero potente, de empresarios, banqueros y comerciantes. Hubo, al mismo tiempo, un auténtico *boom* en el desarrollo del ferrocarril, pasando de poco más de mil quinientos kilómetros construidos en 1860 a más de treinta mil en 1890, hasta llegar a los cincuenta mil cuando estalló la Primera Guerra Mundial, incluida la línea del Transiberiano que unía Moscú con Vladivostok, a orillas del océano Pacífico.

Pero ese crecimiento mostraba también muchos límites. Una buena parte de las personas clasificadas como trabajadores lo hacían a tiempo parcial en las empresas textiles o en el ferrocarril, en las épocas en que no se les necesitaba en el campo, y solo en la minería y en las industrias metalúrgicas y de construcción de maquinaria había una clase obrera propiamente dicha, cualificada y contratada a tiempo completo. En total, incluyendo a aquellos ocupados entre la agricultura y la industria, no había más de tres millones de trabajadores industriales, apenas un 2% de la población, aunque estaban concentrados en unas pocas regiones y eso les iba a conceder en el momento de la crisis final del régimen una influencia política más allá de su peso cuantitativo. La clase media, de profesionales y comerciantes, tampoco destacaba por su número, alrededor de un millón de personas. La vida cultural de decenas de capitales de provincia era aburrida y atrasada, como reflejaba la literatura del escritor y dramaturgo Antón Chéjov (1860-1904), a propósito, por ejemplo, de Kishinev, donde vivían *Las tres hermanas*: todos sus habitantes eran iguales y lo único que hacían era comer, beber vodka y dormir. «Luego —decía su hermano Andréi—, mueren y otros ocupan su lugar, y comen, beben y duermen también.»

No existía, por lo tanto, ni una poderosa burguesía industrial ni una clase media que pudiera constituir la base social para

una democracia liberal. Pero tampoco un proletariado industrial que pudiera articular, a través de sindicatos y partidos políticos, una alternativa revolucionaria al régimen autocrático. En realidad, la mayoría de los disturbios sociales del período anterior a la guerra mundial reflejaban todavía las formas de protesta preindustrial, motines e insurrecciones, casi desaparecidas en los países europeos más avanzados, mientras que las huelgas, que requerían una mayor organización y disciplina, se extendían únicamente por las industrias modernas localizadas en Ucrania, los Urales y San Petersburgo. La legislación zarista prohibía a los trabajadores organizarse, declaraba ilegales las huelgas y condenaba a la mayoría de esos obreros fabriles a largas jornadas laborales y a vivir en condiciones calamitosas, con el alcoholismo muy extendido y con epidemias, como el cólera, que castigaba a toda esa población empobrecida cada pocos años.

San Petersburgo era el paradigma de la división de la ciudad entre esos barrios insanos y los distritos del centro, con calles pavimentadas, agua corriente y electricidad. Las grandes familias de la nobleza y de la burocracia imperial estaban conectadas entre ellas por lazos de matrimonio y amistad, sus hijos acudían a las mismas escuelas de elite y todas residían en las viviendas de lujo escandaloso alrededor de las avenidas Nevski y Liteiny.

Esa industrialización y las relaciones jerárquicas que la acompañaron tuvieron también sus costes y tensiones sociales. Serguéi Witte, ministro de Economía de 1892 a 1903 y uno de los arquitectos de esa nueva época, reconocía esas tensiones en un informe secreto que dirigió al zar Nicolás en 1899: mientras Rusia estaba desarrollando «una industria de enorme tamaño», «sus servicios cuestan al país demasiado, y esos excesivos costes tienen una influencia destructiva sobre el bienestar de la población, especialmente en la agricultura». La vieja jerarquía estamental perdía su relevancia y significado, sustituida por una nueva de profesión y clase, cuyas identidades y aspiraciones desempeñarían, en palabras de Rex A. Wade, «un

papel principal en el estallido de la revolución y en sus consecuencias».

Las repercusiones sociales de esas reformas y el crecimiento económico acelerado chocaban frontalmente con una estructura política que no permitía los cauces de representación popular que las revoluciones liberales habían introducido en otros países de Europa. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la población del imperio pasó de 74 millones en 1861 a 126 en 1897, un incremento medio del 1,5% al año, y a 164 millones en 1914. Esa presión demográfica hizo subir los precios de la tierra, compra o renta, y las malas cosechas y los efectos devastadores de la hambruna de 1891-1892, que costó la vida a casi medio millón de personas, pusieron en tremendas dificultades a muchos campesinos, sometidos a los desastres naturales, pero también resentidos frente al dominio terrateniente y las disposiciones legales adoptadas tras el Edicto de Emancipación.

Alejandro II, como parte importante de las reformas administrativas y legales de los años sesenta, había permitido la formación de *zemstvos*, consejos locales elegidos por los campesinos, aunque dominados por los nobles. Ejercían derechos limitados de autogobierno, que incluían la mejora de los caminos, la educación primaria o servicios médicos y desde ellos se impulsaron a la actividad política algunos nobles liberales que desafiaron al poder autocrático durante los reinados de los dos últimos zares. El Príncipe Gueorgui E. Lvov (1861-1925), que sería el primer jefe del Gobierno Provisional en marzo de 1917 tras el derrocamiento del zar, simbolizaba el espíritu liberal de algunos de esos nobles, monárquicos, que, con lo que Figes define como «una especie de populismo paternal», creían que podían dedicarse al servicio del pueblo. Lvov fue miembro destacado del *zemstvo* de Tula desde los años noventa y, bajo su dirección, ese consejo local se convirtió en uno de los más progresistas de toda Rusia, modelo de integración de los campesinos en la vida de la nación como «ciudadanos» y no como súbditos.

Pero eso no es lo que quería Alejandro III (1881-1894), el nuevo zar que subió al poder tras el asesinato de Alejandro II en

1881, quien vio desde el principio a los *zemstvos* como unos peligrosos gérmenes de liberalismo, subversión y revolución campesina. Su principal tutor y consejero, Konstantín Pobedonóstsev, le advirtió que continuar con las reformas solo ayudaría a producir y alimentar más revolucionarios como los que habían matado a su padre.

Sus contrarreformas reafirmaron los principios de la autocracia, una respuesta reaccionaria, defensiva, de miedo al cambio, que restringió las vías de participación abiertas en los consejos locales y fortaleció la burocracia estatal y la fuerza policial. En 1889 se creó un nuevo rango de funcionarios de provincias, «los capitanes de la tierra» (*zemskie nachal'niki*), con poderes judiciales para reforzar la supervisión directa del Estado sobre los campesinos, a la vez que se desarrolló una policía secreta (la *Ojrana*) para prevenir la actividad política clandestina.

Según Orlando Figes, las contrarreformas de Alejandro III «fueron un punto vital de inflexión en la prehistoria de la revolución», porque pusieron al régimen y a la sociedad en la senda de ese cataclismo. Los *zemstvos* eran la única institución capaz de proporcionar una base política al sistema autocrático en el campo y la reacción contra ellos, que corría paralela a la reacción de la nobleza contra la democracia, acabó con el sueño liberal de convertir a los campesinos en ciudadanos y contribuyó más a la perpetuación de las dos Rusias. Sin un apoyo en el viejo sistema de dominio, los campesinos no dudaron, cuando los mecanismos de coerción se derrumbaron en febrero de 1917, en barrerlo completamente, creando el vacío político para la conquista del poder por los bolcheviques unos meses después.

La semilla de la revolución

La represión, la ausencia de instituciones representativas y de libertades generaron la aparición y desarrollo de una oposición radical al sistema zarista dispuesta a derrocarlo por diferentes medios. Esa oposición estaba compuesta fundamentalmente

por intelectuales, las elites educadas, lo que en ruso se llamó *intelligentsia*, estudiantes, escritores, profesionales, una especie de subcultura al margen de la Rusia oficial, que intentaban explotar cualquier rastro de descontento popular para conquistar el poder. Una minoría radical de esa *intelligentsia* llevó sus críticas más allá de su disidencia intelectual y, como observa Wade, «rompió sus lazos con la sociedad convencional y se comprometió de forma consciente en el derrocamiento del orden zarista». Fueron ellos quienes establecieron una tradición de ideas, propaganda y agitación revolucionarias, antes de que, con el cambio de siglo, todo eso se plasmara en la creación de diferentes partidos socialistas que dominaron después el escenario político en 1917.

Muchos de esos estudiantes, escritores y profesionales compartían ideas, pero también, según Orlando Figes, lenguaje, códigos de conducta, formas de vestir y sentimientos de honor y camaradería, manifestados en clubes, cafés, círculos sociales y panfletos y revistas, que los separaba como una «subcultura» del resto de la sociedad privilegiada, de la que procedían.

No era tanto una clase como un «estado de ánimo», un culto general a la actividad revolucionaria, sostiene ese historiador británico, para quien resulta imposible comprender el extremismo político de la *intelligentsia* rusa sin considerar su «aislamiento cultural». Esa «elite minúscula estaba aislada de la Rusia oficial por su política y de la Rusia campesina por su educación». Esas dos formas de aislamiento eran insalvables, pero más importante todavía, la *intelligentsia* rusa estaba «desconectada» del mundo cultural europeo que intentaba emular. La censura prohibía todas las expresiones políticas, así que cuando las ideas eran introducidas en Rusia «asumían el estatus de un dogma sagrado, de una panacea para todos los males del mundo», más allá de cualquier cuestionamiento o de la necesidad de ponerlas a prueba en la vida real. Las modas intelectuales europeas del siglo XIX se expandían por San Petersburgo una tras otra —desde Hegel en los cuarenta al marxismo en los noventa— y cada

una de ellas era vista como «una verdad final». Al cultivar una imagen en blanco y negro, de mundos contrapuestos, entre «progreso» y «reacción», amigos y enemigos de la causa del pueblo, sin espacio para nadie en el medio, echaron las raíces de la «visión del mundo totalitaria».

Como la política oficial era tan represiva y poco fiable, sectores educados y críticos dirigieron sus ojos a los escritores de novela social, como Fiódor Dostoyevski (1821-1881) o Máximo Gorki (1868-1936), y a sus héroes literarios, siempre comprometidos con la causa popular. *¿Qué hacer?* (1862), de Nikolái Chernishevski (1828-1889), se convirtió en un modelo para toda una generación de revolucionarios —incluido Vladímir Lenin, que titularía de la misma forma su famoso ensayo de 1902—, el «evangelio» del movimiento, como le llamó Piotr Tkachov (1844-1886), uno de los pensadores pioneros de la conquista del poder por una vanguardia.

Hay, por supuesto, interpretaciones menos profundas y más negativas de esa *intelligentsia*, a la que se le achacan todos los males que llegaron a Rusia con la caída del zarismo y la sustitución de ese despotismo por otro, el bolchevique, después de pasar unos meses por la anarquía. Richard Pipes argumenta que en los últimos tiempos de la Rusia imperial había importantes tensiones causadas en parte por la renuencia del zarismo a democratizar la política y por la situación explosiva en el mundo rural, raíz de un conflicto de larga duración, donde no había tierra para todos quienes vivían en ella. Pero «el factor de verdad clave, el que transformó quejas específicas en un rechazo total del orden político, económico y social, fue la *intelligentsia*».

El problema de esa *intelligentsia* rusa, añade Pipes, tanto la liberal como la radical, es que no tenían oportunidad de poner en práctica todos esos sueños utópicos y nunca podían aprender de la experiencia. No aceptaban las reformas, porque el único objetivo era la revolución: cuando el Gobierno no hacía nada, le acusaban de pasividad; cuando hacía concesiones, consideraban que eran los burócratas quienes estaban detrás. Cada vez eran

más fanáticos con su utopía, hablando siempre de un pueblo al que no representaban.

Alimentadas por esas ideas, las primeras expresiones de oposición política a la autocracia zarista tomaron las formas de organizaciones clandestinas, muy vinculadas al populismo (*narodnichetsvo*) y a las elaboraciones del socialismo agrario y comunal, que propugnaba el derrocamiento de la autocracia y una revolución social que distribuiría la tierra entre los campesinos. Al rechazar las reformas de la Emancipación como injustas y defender para Rusia un camino diferente al del desarrollo occidental capitalista, su visión central de la transformación revolucionaria residía, en opinión de Edward Acton, en la comuna campesina, que «había preservado al campesinado de la corrupción de la propiedad privada». Con esa tradición igualitaria, Rusia podría evitar el capitalismo y hacer una transición directa al socialismo.

Esas visiones románticas acerca de los lazos indisolubles del campesinado y de su superioridad moral frente a los valores modernos y occidentales, tenían que ser propagadas a través de la educación, preparar al pueblo para comprender sus intereses e instruirlo en sus tareas en la futura revolución. Y eso es lo que hicieron en el verano de 1874 miles de estudiantes radicales, que se fueron al campo, siguiendo su consigna «Ve con el pueblo», para intentar atraer a los campesinos al movimiento revolucionario. El choque con la realidad fue brutal porque esos grupos educados en las ciudades no sabían nada sobre el campesinado, confirmando que había un abismo entre esos dos mundos, las «dos Rusias» de Herzen, la oficial y la campesina. Un problema compartido con otras sociedades campesinas, señalado por antropólogos e historiadores: las dificultades de movilizar y organizar a los campesinos, un grupo «de baja claridad», de escasa conciencia de clase, como lo definió Teodor Shanin, y convertir sus formas de resistencia cotidiana en acciones revolucionarias.

Dado el escaso impacto de esa convivencia con el verdadero pueblo, desencantados, algunos de ellos recurrieron al terroris-

mo contra quienes mejor simbolizaban la opresión. De los grupos que surgieron con esa nueva táctica, destacó el denominado «Voluntad del Pueblo», la primera organización de la historia dedicada específicamente a propagar el terror político, enzarzados sus miembros en un círculo vicioso de atentados y represión policial. El punto de inflexión de ese círculo fue el intento de asesinato frustrado del general F. F. Tréprov, gobernador de San Petersburgo, en 1878, por Vera Zasúlich, aclamada como una mártir de la justicia, al que siguieron varios asesinatos y seis intentos fallidos de acabar con el zar Alejandro II. Una bomba lo consiguió finalmente el 1 de marzo de 1881.

En Rusia, muchos de los miembros de la «Voluntad del Pueblo» fueron encarcelados —y algunos, ejecutados—, en la escalada de represión que siguió al asesinato del zar, pero otros siguieron, como el hermano mayor de Lenin, Aleksandr Uliánov, ahorcado tras fracasar en su atentado a Alejandro III en el sexto aniversario de la muerte de su padre. El círculo de atentados y represión generó mucha violencia, unos diecisiete mil asesinados o heridos por los terroristas en los últimos veinte años del régimen zarista. Y además, mucha de esa violencia se desvinculó de los objetivos políticos iniciales, desestabilizar al sistema y proporcionar la chispa para la rebelión popular, y derivó en violencia criminal, sostenida en robos de bancos y trenes para ganancia personal de quienes la practicaban.

La utilización de la bomba y el atentado personal para destruir el mal e incitar al pueblo a la rebelión no funcionó como táctica de lucha, como ocurrió también con los magnicidios cometidos por anarquistas en varios países de Europa en la década posterior, que llegó incluso a Estados Unidos, con el asesinato del presidente William McKinley (1843-1901), pero sirvió para que los gobiernos intensificaran la represión y para que aparecieran alternativas que consideraban al terrorismo inútil para la transformación de la sociedad y la conquista del poder.

Tras esos fracasos, la *intelligentsia* revolucionaria se vio obligada a repensar su teoría y práctica. Y de ese proceso salieron los principales partidos que se organizarían y alcanzarían su

madurez ideológica durante el reinado de Nicolás II e iban a desempeñar papeles protagonistas en 1917. El marxismo comenzó a circular y ganar terreno durante los años ochenta y *El capital*, que pasó la censura porque los encargados de leerlo pensaron que «pocos lo iban a entender» y, que además, su crítica del sistema se aplicaba al modelo industrial británico, pero nada tenía que ver con el ruso, fue publicado, y con mucho éxito, en 1872, cinco años después del original en alemán y quince antes de la primera edición en inglés.

Uno de esos grupos que seguía las tesis de Karl Marx fue el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), cuyo primer congreso fundacional se celebró en secreto en 1898 y recogió desde el principio a algunos destacados militantes del populismo, como Gueorgui Plejánov (1856-1918), que, tras rechazar el uso del terror, defendían que solo una revolución social que procediera del pueblo podría llegar a tener éxito y ser al mismo tiempo democrática. La clase obrera industrial, y no el campesinado, sería el principal agente de la revolución, dirigida por un pequeño grupo de revolucionarios profesionales que, como expresaba Vladímir Uliánov Lenin (1870-1924) en su panfleto *¿Qué hacer?* (1902), ayudarían a extender la necesaria conciencia de clase y acelerarían el proceso revolucionario.

Ese nuevo partido se dividió muy pronto, en su segundo congreso celebrado en Bruselas en 1903, entre la facción bolchevique (mayoritaria) y la menchevique (minoritaria), tras una discusión en torno al papel del partido y de sus afiliados entre Lenin y Yuli Mártoov (1873-1923). Durante un tiempo, mientras ambas facciones contaban con unos cuantos miles de afiliados, las diferencias políticas entre ellas no estaban muy claras para sus seguidores y eran factores personales, sobre todo la lealtad a Lenin por parte de los bolcheviques y la oposición a él de los mencheviques, los que actuaban como fuentes principales de atracción.

La evolución de las dos facciones en la década anterior a la revolución retrató a los mencheviques como un partido más democrático y más propenso a establecer contactos con la burgue-

sía liberal, mientras que los bolcheviques desarrollaron algunos de los rasgos que les iban a dar la ventaja en el escenario revolucionario de 1917: disciplina y liderazgo firme alrededor de la figura de Lenin, un partido centralizado, casi militarizado, que pudiera combatir al Estado policial del zar.

Casi al mismo tiempo que los socialdemócratas se escindían, otro grupo que también procedía del populismo estableció en 1901 el Partido Social-Revolucionario (SR) bajo el liderazgo de Víctor Chernov (1873-1952), un licenciado en derecho que ya había pasado por la cárcel por su participación en protestas estudiantiles. La principal diferencia con los anteriores era su creencia en que todos los trabajadores, obreros y campesinos, estaban unidos por su pobreza y su oposición al régimen zarista, lo cual les dio de entrada, sobre todo por su énfasis en la socialización de la tierra, una base más amplia en una sociedad que, pese al crecimiento urbano e industrial, era predominantemente campesina. Entre 1901 y 1918 fue, de lejos, el partido más importante de la izquierda por el número de sus miembros y el impacto de sus acciones.

Ese vasto imperio llamado Rusia, un imperio multiétnico, que estaba en esos momentos en la transición desde la sociedad agraria a la urbana e industrial, que mejoraba sus comunicaciones y sistema de enseñanza, se enfrentaba también al crecimiento del nacionalismo. Porque ese imperio era tan grande y diverso, con millones de rusos viviendo en zonas no rusas, que ni siquiera tenía su geografía y demografía bien definidas.

El primer censo nacional que se elaboró en 1897 asignaba al imperio ruso 125 millones de habitantes, de los cuales un 52% pertenecían a la Gran Rusia, y destacaban, entre otras nacionalidades, 22 millones de ucranianos y 6 millones de bielorrusos. Aunque había más de ochenta diferentes grupos lingüísticos, las minorías reseñables no pasaban de una docena, incluidos los 8 millones de polacos que entonces eran súbditos del imperio y los 5 millones de judíos que vivían bajo leyes discriminatorias, víctimas de sangrientos pogromos y que acabaron siendo una parte importante del movimiento revoluciona-

rio marxista, al que dieron dirigentes como Mártov, Grigori Zinóviev (1883-1936), Lev Kámenev (1883-1936) o León Trotski (1879-1940).

Para los sectores ultraconservadores, las tierras no rusas del imperio eran la posesión del zar, que tenía que mantener su dominio territorial indivisible. Los liberales, por su parte, subordinaban las cuestión del nacionalismo a las luchas por las libertades civiles, creyendo que con la concesión de esas libertades, las reivindicaciones nacionalistas de algunas minorías y de los pueblos no rusos desaparecerían. La mayoría de los nacionalistas, que estrecharon contactos con los socialistas, porque consideraban que sus luchas iban también unidas a una mejora de sus condiciones sociales, no habían sido capaces de constituir un movimiento político antes de la subida al trono de Nicolás II.

Fue la política de rusificación, la subordinación al dominio cultural ruso de los pueblos no rusos, con notables límites al uso de otras lenguas y religiones, que Nicolás II defendió con energía tras la amenaza que había supuesto la revolución de 1905, la que estimuló el desarrollo de las organizaciones nacionalistas como una fuerza notable en las tierras fronterizas no rusas. El régimen zarista desarrolló en ese explosivo terreno de las identidades nacionalistas otra fuente de conflicto y resentimiento. La represión y las medidas de rusificación obstruyeron de forma temporal el desarrollo de movimientos sociales con base nacionalista. Cuando los mecanismos de represión desaparecieron en 1917, el nacionalismo, según Wade, «brotó como una parte significativa de la revolución».

Nacionalistas, judíos y revolucionarios, y también los liberales del Partido Democrático Constitucional (Kadetes, por las siglas KD del nombre del partido en ruso), fundado en 1905, eran tratados con especial dureza por la policía política del zar, cuyos agentes penetraban en todas las facetas de la vida de la población rusa, vigilaban cualquier forma de disidencia, arrestaban, torturaban o enviaban al exilio a los disidentes y subversivos.

Pero no solo eran los opositores y revolucionarios quienes

eran perseguidos. Dado que los sindicatos eran también ilegales y las huelgas estaban prohibidas, cualquier disputa entre trabajadores y patronos por las largas jornadas de trabajo, los bajos salarios o la dura disciplina a la que eran sometidos, se convertía, con la represión, en un conflicto político con el Estado y sus fuerzas armadas. Quienes no pertenecían a la burocracia del Estado eran potenciales enemigos y, en consecuencia, de acuerdo con las actitudes dominantes en la policía, la protección del Estado se convertía en «una guerra contra toda la sociedad». Todo ello hacía de la Rusia de los últimos dos zares el prototipo de un Estado moderno policial.

Estaba, además, por si ese control fallaba, el ejército, el principal soporte del régimen zarista, con casi un millón y medio de soldados y oficiales, el ejército más grande del mundo, más grande que los ejércitos juntos de los dos principales imperios que iban a luchar contra Rusia en la Primera Guerra Mundial. Un ejército, sin embargo, con muchas dificultades para su movilización, dada la amplitud del territorio y la lentitud del ferrocarril, y que era utilizado sobre todo para la represión interna de los disturbios.

Una década antes de que se crearan esos partidos revolucionarios, la hambruna de 1891 había significado un punto de inflexión en las relaciones entre el régimen y amplios sectores de la población. Tras un año de desastres meteorológicos, sin cosechas, el hambre se extendió durante el verano y otoño de ese año a diecisiete provincias, desde los Urales al Mar Negro, seguida de enfermedades como el cólera y el tifus. A finales de 1892 se había llevado ya a la tumba a casi medio millón de personas.

La gestión política de la crisis fue nefasta y ante su incapacidad, el Gobierno decretó una orden imperial llamando a la formación de organizaciones de voluntarios para ayudar a los cientos de miles de afectados. La respuesta pública fue impresionante, desde los pobres a la *intelligentsia*, pasando por médicos y dirigentes liberales de los *zemstvos* como el Príncipe Lvov, pero abrió las puertas a la actividad revolucionaria y a la crítica

moral contra el régimen, en la que destacó el escritor León Tolstói (1828-1910). El viejo e ineficaz sistema burocrático quedó desacreditado y algunos de esos sectores politizados por esa crisis social pasaron a pedir reformas políticas.

Cuando se estaban discutiendo todavía sus causas y sus efectos no habían pasado, murió el zar Alejandro III, el 1 de noviembre de 1894, a los cuarenta y nueve años. Muy alto, de aspecto gigantesco, aficionado al licor, había gobernado Rusia, según Figes, «como un señor medieval sobre su patrimonio privado». Nicolás, el mayor de sus seis hijos, hablaba varios idiomas, bailaba, montaba a caballo, practicaba tiro y otros deportes, pero no sabía nada de Rusia. Tenía veintiséis años y, tras más de dos décadas de reinado, iba a ser el último zar de aquel imperio.

El último zar

Su educación era, en verdad, refinada. Hablaba inglés, con acento de Oxford, alemán y francés, era «el hombre más educado de Europa», según su primo el Gran Duque Alejandro, pero iba a demostrar escasas dotes de cómo gobernar un país que tenía un ingente campesinado aislado de la estructura política que él presidía y donde estaba emergiendo un movimiento revolucionario que su policía, famosa por la utilización de métodos violentos, no podía suprimir pese a la represión.

La autocracia ya no servía para gobernar un imperio tan grande y complejo, pero Nicolás II se aferró al poder absoluto en vez de ensanchar su base política. Al igual que antes había hecho su padre, se sintió amenazado por la modernidad e intentó parar el reloj de la historia, retrasándolo a la edad de oro ya distante de la autocracia moscovita del siglo xvii, manteniendo los principios de la autoridad personal y de su poder absoluto en la Corte frente a la burocracia imperial que había comenzado a desarrollarse desde la segunda mitad del siglo xix como una fuerza de modernización y reforma.

Aunque Nicolás llegó al trono en un momento de moder-

nización y cambio, la elite gobernante procedía predominantemente de la aristocracia terrateniente tradicional. El zar elegía a los ministros y altos funcionarios, que le tenían que informar directa e individualmente a él, y no existía un gobierno, un consejo de ministros, como grupo coherente de políticos y ejecutores de sus políticas. Era un sistema patrimonial, como han destacado algunos especialistas como Orlando Figes o Richard Pipes, y el mismo Nicolás lo describió con una metáfora más ilustrativa que la mejor definición: «Yo concibo a Rusia como un latifundio en el que el propietario es el zar, el administrador la nobleza, y los trabajadores son los campesinos».

Su tutor personal e ideólogo de la autocracia, Konstantín Pobedonóstsev (1827-1907), había hecho en 1890 una defensa del sistema que, más allá de su valor propagandístico, era, como observa Christopher Read, una comparación ideal entre Rusia y Europa occidental. La sociedad occidental capitalista estaba degenerada, porque las grandes ciudades industriales convertían a los hombres en hormigueros de perversión y enfermedad, todo tocado por el materialismo y el dinero, con los valores tan cacareados de la democracia atravesados por la corrupción y el interés propio de los políticos. La sociedad rusa, por el contrario, era una jerarquía de estilo familiar, donde cada uno aceptaba su lugar, con un zar de árbitro benévolo e imparcial, siempre dispuesto a escuchar las demandas justas del pueblo, que hacía innecesaria la política organizada.

Con ese tutor y esas ideas, basadas en el mito de la autocracia como la «beneficencia personificada», no es extraño que Nicolás II creyera que era zar por derecho divino, un enviado de Dios para preservar los principios de la autocracia, basada al mismo tiempo en la lealtad y buena voluntad de sus súbditos. «Hemos sido puestos en el trono por Dios —le escribió a la zarina—, y debemos mantenerlo intacto para entregarlo así a nuestro hijo.»

Porque, efectivamente, ese sistema de dominio tenía también mucho de teocracia, desde que Pedro el Grande, con la supresión del patriarcado, su institución dirigente, incorporara

a la Iglesia ortodoxa a la administración estatal. Esa unión entre la política y la religión hacía que la oposición a la autocracia se convirtiera también en una forma de rechazo a la religión.

Así era la Rusia de Nicolás II, una autocracia ejercida por el zar a través del ejército, la policía y la burocracia, con apoyos todavía importantes entre una nobleza terrateniente que perdía gradualmente poder, y legitimada por la Iglesia ortodoxa rusa, la iglesia oficial de la monarquía que representaba nominalmente a casi tres cuartos de la población.

La Iglesia predicaba sumisión a los poderes establecidos y el Estado la recompensaba otorgando al clero casi un monopolio de la educación elemental, pagando subsidios y persiguiendo a los anticlericales o a quienes pretendían escapar de la autoridad eclesiástica. Aunque algunos miembros del clero pidieron reformas en la relación Iglesia-Estado, el problema principal era que la Iglesia ortodoxa fue incapaz de adaptarse a los nuevos cambios traídos por la industrialización y el crecimiento de las ciudades, de crear una religión popular para los trabajadores urbanos y campesinos que abandonaban las creencias y prácticas religiosas y encontraban otras diferentes en el socialismo y la revolución.

Cualquier oposición, crítica o acción de protesta se convertía en una amenaza revolucionaria, ante la que Nicolás II respondía con puño de hierro. Poco después de subir al trono, desechó las esperanzas de crear una asamblea nacional elegida por sufragio libre como «sueños insensatos». En vez de adaptar el sistema político a los retos y problemas que planteaba esa sociedad en cambio, ampliar las bases sociales, convertir a los súbditos en ciudadanos, Nicolás II se aferró a los principios del emperador autocrático. La historia de su reinado es la crónica de dos guerras y dos revoluciones, provocadas por aquellas.

El grandioso imperio ruso parecía fuerte, pero, además de las debilidades ya señaladas, era también un continente, con enemigos por todas partes. A la amenaza de sus vecinos y rivales de siempre, Prusia-Alemania, Austria-Hungría y Turquía, un nuevo y potente desafío surgió en el este, Japón. Y cuando

ese país asiático puso en marcha a comienzos del siglo xx sus planes expansionistas, apuntó como objetivo a las lejanas posesiones de Rusia en el extremo oriente. En enero de 1904 comenzó una guerra entre los dos países por el dominio de Manchuria y Corea. La guerra llevaría a la primera revolución a la que tuvo que hacer frente Nicolás II, y aunque sobreviviría a sus consecuencias, fue un ensayo de lo que iba a pasar, con magnitud incomparable, entre 1914 y 1917.

Cuando la guerra comenzó, como consecuencia del ataque japonés a la flota rusa en Port Arthur (Manchuria), hubo una oleada de patriotismo encabezada por círculos liberales y por la mayoría de los *zemstvos* provinciales, en los que de nuevo tuvo un papel destacado el Príncipe Lvov. Pero la guerra fue larga, casi un año y medio, combatida a más de nueve mil kilómetros de la capital, y con derrotas estrepitosas que socavaron pronto el fervor patriótico y que fueron atribuidas a la incompetencia del Gobierno y del comandante jefe, el general Mijaíl Alekséyev (1857-1918).

La debacle militar precipitó una crisis política y social, que casi llegó a una confrontación total de la sociedad con el régimen. El 9 de enero de 1905 una manifestación masiva, de ciento cincuenta mil personas, que incluía a muchas mujeres y niños, confluyó desde diferentes barrios de San Petersburgo en frente del Palacio de Invierno. Las tropas concentradas para evitar que llegaran allí, abrieron fuego, causando unos doscientos muertos y ochocientos heridos. Los trabajadores levantaron barricadas y algunos grupos asaltaron armerías y tiendas de licor. Nadie dirigía aquella revuelta, porque los partidos socialistas eran todavía débiles y sus principales líderes estaban en el exilio, pero el «Domingo Sangriento» tuvo un profundo efecto en la conciencia de mucha gente.

En las semanas y meses siguientes, hubo huelgas y se creó el primer sóviet —consejo, en ruso— de la historia en la capital, dirigido por León Trotski. En octubre, el zar, que había pasado aquellos días trágicos en su residencia en Tsárskoye Seló, llenando sus diarios de apuntes sobre el tiempo y la caza de pája-

ros, fue presionado para que firmara un manifiesto, redactado por su primer ministro, el conde Witte (1849-1915), en el que garantizara libertades civiles y poderes legislativos a una Duma elegida por sufragio democrático.

El Manifiesto marcó un punto de inflexión en la conciencia política de grupos profesionales y de algunos nobles e industriales que lo saludaron como la entrada de Rusia en la senda del constitucionalismo occidental. Con el objetivo de avanzar a esa democracia parlamentaria, los más liberales formaron el Partido Democrático Constitucional (Kadetes), dirigido por el historiador Pável Miliukov (1859-1943), mientras que un grupo de terratenientes y miembros de la elite fundaron la Unión del 17 de Octubre (Octubristas), encabezada por el industrial Aleksandr Guchkov (1862-1936), para poner en marcha las reformas junto con el zar.

Esa buena declaración de intenciones del zar, sin embargo, no calmó las huelgas y conflictos en el campo, que se extendieron durante todo el año por diferentes partes del imperio y con especial intensidad en las zonas fronterizas no rusas de Letonia y Polonia. El ejército fue utilizado en cientos de ocasiones para reprimir brutalmente revueltas e insurrecciones campesinas que siempre reclamaban una justa distribución de la tierra. Los motines alcanzaron a las fuerzas armadas, como el de junio en el acorazado *Potemkin*, que resultó, tras apoderarse los amotinados del buque y conducirlo a Odesa, donde una huelga de obreros mantenía a la ciudad en estado de sitio, en una matanza de dos mil personas, con más de tres mil heridos.

Todos esos conflictos fueron acompañados también de violencia popular, asaltos a propiedades y vandalismo, de odio a los ricos, aristócratas y a la autoridad, formas de expresión de algunos sectores militantes y de las clases populares que saldrían a la superficie con mucha más virulencia en 1917 y que constituyeron siempre un problema para los dirigentes que querían mantener el control de la revolución.

Las protestas, insurrecciones y revueltas no derivaron en una revolución triunfante en 1905 porque, aunque afectaron a

las fuerzas armadas, fueron todavía escasas y limitadas, y la caballería, los cosacos y los regimientos del frente continuaron obedeciendo órdenes. Los reclutamientos, al contrario de lo que sucedería en los años de la Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1917, tuvieron lugar en ciudades lejanas, evitando el riesgo de una comunidad de intereses entre los soldados y sus poblaciones de origen.

Sin embargo, el hecho de que el ejército se utilizara tanto en la represión de los conflictos, en el campo y en la ciudad, comenzaba a tener notables efectos en la disciplina. Como señala Allan K. Wildman, en su estudio del declive del ejército imperial, desde que se estableció el servicio militar obligatorio, la composición social del ejército cambió, reflejo de la sociedad, con una mayoría de campesinos maltratados muy a menudo por la tradicional casta de oficiales. En muchas de esas huelgas y revueltas de 1905 comenzaron ya a participar además ex soldados que exhortaban a las tropas a unirse a ellos.

Fue también el primer momento en la historia de Rusia en el que los derechos y la batalla por la igualdad de las mujeres entraron en las agendas de las organizaciones políticas. Hasta ese momento, nunca había formado parte del debate político, ni en los liberales ni en los revolucionarios, y solo algunos publicistas radicales se habían hecho eco en panfletos y revistas clandestinas. El fuerte dominio de la sociedad patriarcal había sido puesto en cuestión, siguiendo los pasos de las ideas de la Ilustración y de la Revolución Francesa, por grupos minoritarios de mujeres de clase media y socialistas que habían reclamado oportunidades en el trabajo, con acceso a ocupaciones pagadas fuera del hogar, en la educación y en la formación profesional.

En la primavera de 1905, al calor de las demandas reformistas y revolucionarias de otros sectores de la sociedad, un grupo de mujeres crearon la Unión por la Igualdad de Derechos, una plataforma que intentaba unir a mujeres de todas clases, nacionalidades y religiones del imperio para presionar en favor de la concesión del voto, de una legislación protectora en el

trabajo, de igualdad de derechos en la distribución de la tierra, introducción de la coeducación en las escuelas y acceso a los empleos públicos.

Las reivindicaciones consiguieron un notable apoyo de liberales, socialdemócratas y socialrevolucionarios, con más de seis mil afiliadas a la Unión a finales de otoño. La actividad de algunas de esas mujeres en las fábricas provocaron que las socialdemócratas pensaran en una organización exclusiva de mujeres dentro del partido y fue Aleksandra Kolontái (1872-1952) quien dio los primeros pasos, con escaso apoyo de sus camaradas socialistas, mencheviques o bolcheviques, hasta que tuvo que marcharse poco después al exilio, del que no volvería hasta 1917.

Cuando la marea revolucionaria cedió, los terratenientes reclamaron represión y restablecimiento del orden, contrataron a grupos armados para defender sus propiedades y crearon asociaciones patronales. Surgieron también grupos ultraderechistas paramilitares, organizados en torno a la Unión del Pueblo Ruso, que se enfrentaron a los revolucionarios en las calles, se manifestaban con estandartes patrióticos y retratos del zar y lanzaron pogromos contra los judíos en muchas ciudades. A finales de 1906 tenían más de trescientos mil miembros, muchos de ellos reclutados en las estratos bajos obreros y campesinos, de funcionarios y policías, y a los que en sus acciones más violentas se les juntaban criminales comunes. En perspectiva histórica comparada, fueron el más claro precedente de los movimientos fascistas de los años veinte y treinta.

Quienes abogaban por un sistema parlamentario democrático, trataban de impedir otra revolución, satisfacer las demandas de participación política de esa creciente clase media y de profesionales y atender a algunas de las aspiraciones económicas y sociales de los grupos más desposeídos. Pero el zar, ante la primera gran oportunidad de su reinado para ampliar la base del sistema, la percibió como una amenaza a su autoridad y prefirió mantener la autocracia. Lamentó haber firmado ese Manifiesto y aunque cumplió su promesa de permitir la creación de

la Duma, el derecho al voto discriminaba claramente a campesinos y trabajadores, los ministros no eran responsables ante ella, a la vez que seguían siendo nombrados y destituidos por el zar. Como contrapeso conservador, el Consejo de Estado, el órgano supremo de la burocracia, amplió sus poderes, con la mitad de sus miembros designados por Nicolás II y la otra mitad elegidos en su mayoría por el clero y los grupos privilegiados. En teoría, las leyes necesitaban la aprobación de la Duma; en realidad, el zar retuvo el poder de vetar la legislación y el artículo 87 de las Leyes Fundamentales le permitía legislar por decreto.

La Primera Duma abrió sus puertas el 27 de abril de 1906. Setenta y dos días después, el 8 de julio, fue disuelta, como lo serían muy pronto las que le siguieron. Fue una batalla entre quienes creían en el parlamento y los leales a la autocracia, pero también se demostró muy pronto que no había posibilidad de entendimiento entre la democrática Duma y el poder ejecutivo. Sirvió, no obstante, de tribuna revolucionaria y el desencanto sufrido por los que habían depositado en ella sus esperanzas, como el Príncipe Lvov y otros Kadetes, transformó su liberalismo moderado en otro más radical, atrapados, eso sí, entre sus principios parlamentarios y el temor a la revolución popular, que para ellos, de procedencia nobiliaria, significaba, en primer lugar y sobre todo, la expropiación de sus tierras.

El choque entre la Rusia autocrática y la que la desafiaba, reflejada en el bloqueo y supresión de la alternativa democrática de la Duma, tuvo, según el claro argumento de Rex A. Wade, «profundas consecuencias» para la revolución. Las posibilidades de satisfacer las aspiraciones políticas y socioeconómicas de una buena parte de la sociedad de forma pacífica menguaron, mientras crecían las violentas. Y aunque una Duma reformada podría desempeñar algún papel cuando la revolución llegara, su récord de fracasos como cámara representativa la iba a incapacitar como verdadera solución después de que la caída del zar en febrero de 1917 lanzara a Rusia al abismo de una cascada de diferentes revoluciones en medio de una guerra mundial.